

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos y á cada número acompaña una lámina representando unas, las últimas

Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos para bordados de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Revista de teatros.—Recomendacion.—Con permiso de usted —Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias, y sin notas diplomáticas. —Elegía.—Explicacion del figurin.—Idem del Patron.—Geroglífico.

TEATRO PRINCIPAL.

EL VALOR DE UNA MUJER, *drama en cinco actos y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros.*

Poquísimos dramas ha escrito el distinguido y fecundo poeta autor del presente, y eso prueba que ha sabido aprovechar el precepto de Horacio; porque en efecto, él que con su sabroso diálogo, con sus picantes versos y con sus tan espontáneos chistes sabe dar aliciente á una comedia, acaso mala en su esencia, camina siempre trabajosamente en el drama, y allí se le ve luchar, por lo comun en vano, con sus verdaderos instintos artísticos, los cuales son de una naturaleza muy diversa: así es que para poder sostenerse en ese género tiene que principiar por desvirtuarlo, por hacerlo cómico en la mayor parte de los incidentes de su obra; y véase tambien por qué las situaciones dramáticas que nos presenta, casi nunca son originalmente suyas.

Concretándonos ahora á *El valor de una mujer*, principiaremos por manifestar que su título no nos dió ni con mucho una idea clara de su pensamiento, puesto que dudamos acerca de si la mente del autor era demostrarnos lo que la mujer vale, que era lo mas natural de suponer, ó bien si tomaba aquel valor en el sentido de fortaleza, de aliento, de falta de miedo. De ambas cosas hay allí un poco, aunque nosotros habríamos querido mejor que lo hubiese de una sola.

El argumento, del que vamos á ocuparnos con las menos palabras posibles, hará ver en su reseña si tenemos ó no razon en cuanto llevamos dicho.

Una señora viuda y rica, y que habitaba una quinta no lejos de Córdoba, tenia una hija única de quien estaba perdidamente enamorado un jóven marqués. Jacoba, que así se llamaba la hija, era orgullosa, dominante, con sus puntas de varonil, y hacía alarde de cierta emancipacion filial, que la madre celebraba como originalidad muy atractiva. Ahora bien, caracteres de semejante naturaleza necesitan convertir en victimas de sus arranques ó en juguetes de sus caprichos á cuantas personas las rodean, y además del amante, que ese es victima titular de tales mujeres, habia en esta casa dos huérfanos acogidos, los cuales le servian maravillosamente para el caso. Jacinta, jóven angelical, de corazon noble, modesta y tímida, es la antítesis, un poco exagerada si se quiere, de Jacoba, y mientras esta monta á caballo como un dragon y toma parte en arriesgadas cacerías, aquella se asusta y chilla y se encarama en los asientos huyendo de una largartija; circunstancia infantil que despues de todo no influye para nada en el desarrollo del pensamiento, y aun pudiera decirse que le perjudica, toda vez que confunde al espectador haciéndole suponer que es esa especie de valor la que se intenta contraponer en ambas mujeres. El otro huérfano es casi un niño, un estudiante, cándido en el carácter como Cándido en el nombre, y de cuya inesperienza se sirve á veces Jacoba para dar celos al marqués, el cual, aunque es un excelente caballero, tiene todas las sandeces que trae consigo el amor de una coqueta tan sin atadero como la presente.

Jacinta ama en secreto al marqués, como se velas mas de las veces en las comedias donde hay dos mujeres y un solo hombre,

pues aunque aquí hay otro, ese no es mas que medio: pero si bien el marqués no se apercebe de ello, guiado por sus buenos instintos defiende con frecuencia á la pobre huérfana de los ultrajes y malos tratamientos que le prodigan madre é hija, ayudándole en su defensa Cándido, el cual ofendido de que su prima Jacoba le tome por juguete para burlarse en seguida de él, le ha declarado implacable guerra.

Hasta aquí, es decir, durante los dos primeros actos, la obra no es mas que una comedia: lo dramático va á empezar ahora.

Insta el marqués porque Jacoba señale día para su casamiento; pero aunque esta parece desearlo tambien, ello es que al tratar de este asunto se anubla su rostro, vacila, y su corazon se oprime, al menos por el pronto. Qué será? Cuál es este misterio? Muy luego vamos á saberlo.

Hallándose una tarde Cándido en su pabellon descubre desde la ventana un cesto, que un hombre, entrando furtivamente en el jardin, ha depositado allí. Estimulado por la curiosidad baja, descubre el cesto y halla dentro de él á una tierna criatura. En esto acude Jacinta y poco despues Jacoba, quedando sorprendida la primera al hallar junto al niño una carta, que la otra arranca de sus manos y lee con demudada faz. Aquella criatura es el fruto de un misterioso criminal amor, Jacoba es su madre, y la mujer á quien fué confiada la abandona.

Qué hacer? Mientras se busca una nodriza Jacinta se encarga de cuidar del niño y Cándido presta su pabellon; pero prendiéndose fuego en él por un accidente casual todos se consternan, y tanto mas cuanto que el resto de la familia, así como el marqués, se encuentran allí mismo, este y la madre ignorantes del caso, como ya se puede suponer. Jacoba se desmaya, nadie se atreve á penetrar en el pabellon; pero Jacinta se arroja en medio de las llamas y salva al niño.

Este valor que despliega la tímida jóven, unido á otros antecedentes, hacen recaer sobre ella las sospechas de la madre y hasta del marqués, dando lugar á que se le arroje de aquella casa. Jacinta podia justificarse fácilmente; pero prefiere pasar por culpable á revelar el secreto de Jacoba. Esta pierde la razon, en su delirio publica su secreto, y hace patente el sacrificio de la huérfana, de cuyas virtudes prendado el marqués se casa con ella.

Como se ve, el argumento de este drama

no es malo, y hay en él interés: así hubiera originalidad. En efecto, la verdadera situacion dramática suya consiste en la abnegacion de Jacinta, que por no comprometer á la verdadera culpable se ve en el caso de atraer hácia sí las fundadas sospechas de una falta; pero esto es precisamente lo que constituye la esencia de otro drama muy conocido, *La Alqueria de Bretaña*.

Respecto al desarrollo de este pensamiento ya hemos indicado que el Sr. Breton se acuerda frecuentemente de que es poeta cómico, y así es que hay actos y actos en los que cualquiera se creería trasladado á una mera comedia de costumbres. Eexceptuaremos sin embargo el cuarto, que podria ocupar un digno lugar en el mejor drama. Última es por cierto que lo afeé una escena en la cual Jacinta, despues de haber entregado á Jacoba el único documento que pudiera probar la verdadera procedencia del niño, despues de haberse desarmado á sí propia para entregarse sin defensa á los tiros de la calumnia, concluye por exigirle en cambio que no se casará ya con el marqués. Aquel ángel desciende en un momento á ser muger envidiosa, y eso sin necesidad alguna; puesto que la desgraciada culpable, en su desesperacion, quiere acabar violentamente con su vida.

La obra fué bastante bien recibida, aunque no con entusiasmo ni mucho menos. La ejecucion esmerada y escelente, distinguiéndose el Sr. Delgado en el difícilísimo papel del estudiante imberbe; papel escrito de tal manera que es un verdadero origen de mil tropiezos para cualquier actor de menos talentos, de menos medios fisicos que los que posee este escelente artista. Muchos aplausos obtuvo, y tambien los alcanzaron las Sras. Toral y Rodríguez y el Sr. Lozano, que dió al del marqués todo su colorido de dignidad, de nobleza, de pasion y de sensatez.

F. F. A.

RECOMENDACION.

Entre los periódicos artísticos que se publican en Madrid obtiene un lugar distinguido la *Gaceta Musical*, cuya redaccion se halla á cargo de una sociedad de profesores. El talento así como el decoro en sus críti-

cas, la curiosidad de sus noticias biográficas, sus excelentes observaciones en la parte doctrinal, y lo completo de sus crónicas, le constituyen en una apreciableísima y amena publicación, digna de la capital de España. Nosotros cumplimos con un deber de justicia recomendando á nuestros lectores este distinguido cofrade semanal, como *La Moda*, y á él le felicitamos cordialmente por sus tareas, deseándole toda clase de prosperidades en su carrera periodística.

CON PERMISO DE USTED.

Lo que se llama educacion entre nosotros es una gran cosa. Hace pocos años que siempre que un jóven se presentase en sociedad bien unido de piernas y brazos, sin tocarse la cara, sin sonarse los... aunque fuese presa de un enorme constipado, ni hacer conocer á los presentes que una llanísima pulga habia invadido el vivo terreno de su propiedad, todo iba bien. El jóven era un compendio de virtudes sociales, y sus padres adquirian gran reputacion de sabios mentores. Las niñas miraban al suelo, y apenas contestaban á nuestras galanterías; y preciso es confesar que en esto obraban muy bien para la tranquilidad del sexo feo.

Todo esto no lo he visto yo, pero me lo han contado muchas veces.

Por lo demás, con tal que los jóvenes de ambos sexos hablasen poco, podian pensar todo lo que quisieran.

Ahora lo hemos arreglado de otro modo: tosemos, hablamos, fumamos, y no sufrimos pulgas, y nuestra bella mitad, ó bien sea la única parte tolerable del género humano, nos deja ver la luz de sus ojos, su dulce sonrisa, y alguna que otra deliciosa estreñidad, que Dios bendiga.

Aquello era educacion, y esto lo es tambien. ¿En qué quedamos? La educacion, por lo visto, es una de esas cosas que no se conocen, y se buscan por distintos caminos.

Pero en lo que no hemos cambiado es en algunas deliciosas frases que son un escudo con que se guarnecen las malas acciones.

Me aplasta un pié fulano.—Usted dispense.—Gracias. No hay de qué. Voy de prisa: me piden fuego.—Con mucho gusto.—Gracias!—Usted mande.

Beso á usted la mano, nos dice una encantadora niña; y daríamos diez años de vida porque fuese verdad. No obstante, lo creemos al parecer y contestamos muy serios á *los pies de usted*. Otra mentira, y otra cosa que ella no toleraria por decoro, á no ser que nos vendásemos los ojos.

—Tiene usted la bondad? dice aquel, y se coloca delante de mí.—¡Cuánto siento incomodar á usted! murmura aquella vieja gorda que se recuesta sobre un pollo ético.—¡Qué! No señora, contesta, y arroja un pulmón en un esputo.—*Servidor de usted*, me dice el Gefe de mi oficina cuando me encuentra en el paseo.—*Con permiso de usted*. Pero... ¡Qué digo!.....

He bebido un vaso de agua... Estoy mejor... Me explicaré. Al llegar á la frase de «*Con permiso de usted*», no he sido dueño de contener mi emocion: he palidecido porque esta finísima espresion ha traído á mi memoria mil tormentos inesplicables. No negaré, queridos lectores, que al dar comienzo á este artículo bullía en mi imaginacion lanzar una amarga queja contra esa maldita frase ¡*Con permiso de usted*! Así he empezado á escribir.

Yo amaba con delirio á Margarita: ella quizás habia comprendido el ardoroso lenguaje de mis miradas; pero su demasiado cuidadosa familia ponía empeño en evitar toda ocasion de que la hablase á solas. Un día lo conseguí: era una dichosa casualidad! Margarita estaba turbada pero dispuesta á escucharme. Era necesario una declaracion para que nuestros corazones se correspondiesen. Yo la amo á usted Margarita; mi voz le asegura á usted el presente.... un corazon la promete á usted el porvenir. Sin usted no comprendo la felicidad! Yo la...—*Con permiso de usted*, dijo una voz, se abrió una puerta. Era un criado: Margarita huyó ruborizada. Desde entonces no he podido volverla á hablar.

Con permiso de usted, dice el sastre que presenta una cuenta. *Con permiso de usted*, dice mi patrona al entrar en mi cuarto para asesinarme, es decir, para pedirme dinero. *Con permiso de usted*, murmura un crítico cuando va á advertir algun defecto, á su juicio. *Con permiso de usted*, dice aquel al sentarse y os rompe una silla. *Con permiso de usted*, me dice mi amigo, y dá el brazo á mi esposa para pasearse en el jardín.

Estais en una tertulia, deseais hacer reir á las niñas con alguna historia poco verda-

dera, citais para dar mas colorido, sitio y hora del acontecimiento... no faltará alguno que envidioso de vuestra dicha, diga «*con permiso de usted*»: yo me hallaba á la misma hora y en el mismo sitio que ha citado, y no recuerdo haber visto nada parecido á su cuento.

Cuando arrobado por las delicias de la música, jadeante de placer por las vueltas rápidas de un wals, veis en vuestra pareja no un ángel... no una diosa... mucho mas! *Con permiso de usted*, dice un zángano, y separa á la bella de vuestros brazos y desaparece de vuestros ojos aquel divino ensueño.

Si quereis disminuir vuestra edad «*con permiso de usted*» dice algun quidam, recuerdo que era usted mayor que yo, y he cumplido tantos años. *Con permiso de usted*: se le va á usted cayendo el pelo, me dice la madre de Juanita, mirando minuciosamente el deteriorado vestido de mi cabeza.—Ca! No señora! Y ya me ha visto la calva.—*Con permiso de usted*, me ha dicho un simple conocido, que ha estado leyendo por encima de mi hombro lo que trasladaba al papel.

Siempre que oigo decir «*con permiso de usted*» tiemblo: ó me van á estrujar, ó van á atacar á mi bolsillo, ó me van á llamar torpe, ó me van á atropellar con un caballo. Horror!

Sin duda que el fin de mi artículo se separa un si es no es de la idea que parecia presidir al principio. ¿Qué remedio? No faltará alguno que me lo diga con mi permiso.

Voy á concluir. Habeis palpado mas que nadie las contras del *con permiso de usted*. Con solo ponerle al frente de mi artículo me he creído autorizado para fastidiaros, y lo he hecho en efecto. Vengaos si gustais, diciendo que es malísima mi pluma: estareis en vuestro derecho si anteponeis á vuestro juicio un «*con permiso de usted*.»

RICARDO DE VELASCO WAMBA.

Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas. Escena popular andaluza, por Fernan Caballero.

El pueblo de Chiclana, distante dos leguas de la ciudad de S. Fernando, está separado de ella por las albinas y pantanos que son los naturales baluartes de aquella poblacion.

Aunque pueblo de campo es grande, y está asentado sobre dos alturas, entre las que pasa el rio Liro (1) muy progresista en invierno y muy moderado en verano.

Este pueblo campestre es notable por su buen caserío, labrado en gran parte por los ricos moradores de Cádiz, que en todos tiempos han gustado mucho el desembarcar de su navio de piedra, para buscar la tierra, el campo, la vegetacion y todas las bellezas de la naturaleza rural, y en ninguna parte por aquellas cercanías han podido satisfacer tan cumplidamente sus deseos, como en el mencionado pueblo. Su campo es hermoso y sobre todo variado. Siguiendo el curso del rio, y paralelamente á la Isla, ó ciudad de S. Fernando, se encuentran las monotonas albinas, y un coto llano y verde que se une á otro llano líquido y azul, el mar. Entre ambos se levanta el castillo que lleva el grave nombre latino de Sancti Petri, el que vió la batalla de la Barrosa á sus espaldas, mientras á su frente vé tan repetidos naufragios, quedando siempre, entre los huesos que aun cubren el suelo, y los despojos que cubren la playa, sombrío é inerte como un obelisco en un cementerio.

En cambio, los caminos que en las otras direcciones llevan á Medina, Vejer, y Conil, serpentean por terrenos quebrados entre huertas, viñas, sembrados y pinares, todo lindo, todo diverso y perfumado con las enérgicas fragancias del tomillo, del orégano y del delicioso almoraduj, que se cria en aquellos terrenos en gran abundancia.

Merced á ser pueblo de baños, por tener aguas minerales, y serlo tambien de recreo, tiene Chiclana su aire elegante y ataviado. Uno de sus adornos es, no el puente, del que por respeto á sus años y á sus buenos servicios no hablaremos, sino una espaciosa alameda que se estiende á lo largo del rio, detenido en sus límites por un parapeto de cantería.

Como esta alameda está en el sitio mas céntrico, mas pasagero, y mas alegre del pueblo, suélese sentar en los bancos de piedra que se alzan entre uno y otro árbol, los aficionados al farniente y á tomar el sol. Estos amigos de Febo tuvieron la peregrina idea de condenar á destierro y muerte á los dos mas bellos árboles de la alameda que se hallaban á la entrada, por haberse hecho culpables de.... dar sombra! El siglo de las luces debería premiar á estos enemigos de la sombra. Oh! astro magno, cirio pascual entre las luminarias de la celeste bóveda! ya que no lo haga el siglo, recompensa tú el apasionado amor de estos tus seides con las flechas mas agudas y candentes de tu dorado carcax!

La falange de estos sectarios del farniente y del sol se compone en su mayor parte de viejos, de inválidos, de pordioseros, y de infinitos mu-

(1) Otros le llaman Arillo, mas el castillo que existió allí tenia por nombre Liro.

chachos de poca edad, de esos que denomina Paul Feval, *intrépidos inconvenientes de los sitios públicos*. Allí pues acuden todos, y se ponen á comer piñones, y sería difícil hallar un pueblo en que se haga mas consumo de dicha almendra. Los chicos chillan y bullen; los viejos se sientan y *platican*, ocupacion que aman con extremo y en que sobresalen los hijos de Vandalia. Allí se habla de todo y se discurre muy bien, y un taquígrafo podría recoger materia para un curioso volumen, en que no faltarian anécdotas, sentencias, refranes, dichos agudos, y chistes burlescos, porque la burla es el sempiterno alimento de la conversacion de los andaluces.

En vista de que los taquígrafos están empleados en el salon de las córtes, vamos nosotros á constituirnos en taquígrafos de la alameda del terraplen de Chiclana: acerquémonos á este comité en que lleva la voz un inválido mendigo que hizo sus hazañas en la guerra de la independencia y relata por milésima vez las mismas batallas, escuchadas siempre con el mismo interés por su auditorio; porque el hombre del pueblo andaluz, en quien rebosa el pensamiento, no es hablador vacío y de profesion; su locuacidad es inteligente y no mecánica, y así sucede que escucha con el mismo interés que habla.

—No fueron Vds., la gente de tropa, los solos en ser *afusilados* por aquellos franceses de Napoleon, dijo otro viejo pequeño y de cara bondosa, al concluir el veterano la relacion de una de las mil catástrofes que herian sin desanimar al heroismo que sostuvo aquella gloriosa guerra, que no faltó un trís á que lo fuésemos yo y mi *compae* Juan. Si no hubiese sido por las Señoras de S... que vivian y aun viven en aquella casa, (y el narrador señaló una de las cinco casas que forman un costado de la gran plazuela en que desemboca el puente) de esa familia que de padres á hijos ha sido siempre tan buena para los pobres como el agua para el trigo: como iba diciendo, si no hubiese sido por sus mercedes, no me hallaria yo á estas horas *platicando* con los vivos.

—Y cómo fué eso tío Cayetano? preguntó un mozo cojo, que era de Conil.

—Han de saber Vds. contestó el interrogado, que por aquel entonces teníamos yo y mi compadre unas bestiecillas y nos ejercitábamos en hacer carbon y venderlo á los franceses. Los asistentes de un *Comendante* que estaba alojado en aquella casa, nos quisieron mercar dos cargas. Nos metimos en trato y nos ajustamos; pero al recibir las cargas, se empestillaron en que no tenian las seis arrobas cabales; se rufianaron, y no quisieron pagar lo ajustado. Pensaban ellos que acá teníamos las muelas de corcho, pero se engañaron, porque nosotros no nos amilanamos, sino que le dijimos, mau, mau. Caballeros, acá seremos tontos hasta donde nos hizo Dios, pero no hasta donde nos quieren hacer los hombres. Nosotros que sí, ellos que nó, ellos

sin entender el español que hasta los burros entienden, y nosotros sin comprender su gerigonza que el diablo que la entienda, les dije yo que para acabar presto iria en un brinco por la romana. Caballeros! no bien lo hube dicho cuando se echan sobre mí aquellos sayones gritando como grajos, uno me sacude, otro me empuja, otro me zamarrea, mi compadre que veía *aquesa* barbaridad les dijo: Señores; ¿en qué les ha ofendido mi compadre? su mercé no ha hablado malamente; no ha dicho mas sino que para convencerlos y traerlos á la razon, iba por la romana. Apenas lo hubo dicho, cuando me sueltan á mí y lo emprenden con él que daba compasion, pues cada trancazo que le descargaban, valia un duro. A la gritería que se armó se junta gente, acude la guardia, y sale el Comendante al que le cuentan en su algarabía lo que pasa. Vamos, pensamos nosotros, este gobierno le meterá el resuello para dentro al *ipotismo* de esos leones; pero, señores, se nos heló la sangre en las venas, cuando vimos que aquel Fierabrás, echa mano á la espada y se viene sobre nosotros con los ojos que se le salian del casco, y las narices mas hinchadas que las tiene el mar cuando le duele la barriga. Dios nos la depare buena! le dije á mi compadre, ya nos podemos poner bien con su divina magestad, que el fin de fiesta no seremos nosotros los que lo contemos. Nos quieren quitar la vida para no pagar el carbon, me respondió mi compadre; pero podian hacerlo sin tanto *intrépitu* y sin antes romperle á uno los huesos del cuerpo.

En aquel conflicto cate V. que se presentan las Señoras de la casa, que parecian ángeles, para saber por qué se habia armado aquel Tiberio. Señoritas, les grité, nos llaman briganes, y nos quieren matar, porque aferrándose en que el peso del carbon no está cabal les hemos dicho que iríamos á traer á la romana.... A la cárcel, gritó el Comendante, que por lo visto lo que no queria era que se pesase el carbon. Pero era el caso, que aquellas señoras se desternillaban de risa, y que habiéndole hablado en su parla, el Comendante se echó á reir tambien y mandó que se nos pagase, y que se nos dejase ir, lo que hicimos nosotros, y por los aires, y sin volver la cara atrás.

—Tío Cayetano, dijo el cojo de Conil, y ¿por qué se pusieron tan embravecidos aquellos franceses?

—Toma! porque siempre estaban de *aquesa* manera.

—Fué, dijo en voz hueca y tono de superioridad el veterano, porque si V. y su compadre al mentar á la romana aludian al peso, ellos creyeron que les amenazaban con el general la Romana, que era un caudillo de los mas conocidos, y con razon, porque la hazaña que él hizo, desde el Cid acá no se ha visto otra.

—¿Y qué fué?

—Los franceses aquellos quisieron tambien meterse en casa del ruso como lo habian hecho

por acá, y para ayudarles en la empresa se llevaron un ejército español con su general, su plana mayor, completo de un todo. Este general fué la Romana, el que aunque tamaño como del codo á la mano, era un hombre como son los hombres; un español de antaño, mas valiente que Pizarro, y mas leal que valiente: llegó á saber que se habian llevado al rey de España, y que para rescatarlo y defender su tierra se estaban armando los españoles todos desde los viejos hasta los niños, y entonces se escapó con todo su ejército como si hubiesen sido una volada de pájaros y hubiesen tenido alas en lugar de mochilas, y se vino á su tierra para defenderla; y esta hazaña ha de ser sonada mientras el mundo sea mundo, porque cuidado con escapársele de entre las manos á aquellos cancerberos, y venir á hacerles cara aquí á los franceses aquellos que les llevaban un palmo á los franceses de hoy!

—¿Qué está V. diciendo, señor? le interrumpió el de Conil: pues qué, ¿llevaban zancos!

—Calla tú, pata galana, contestó el veterano; lo digo yo, y basta: yo lo digo, yo, que los miré cara á cara antes que pensarás tú nacer.

—Pues mas que lo diga V. no creo yo que los padres altos tuvieran todos por un rasero los hijos con un gеме de cuerpo menos que ellos, ni lo cree nadie, tío Mambrú!

—Los señores me creerán á mí y no á ti, ¿estás? que habiendo hombres en el mundo ¿quién hace caso de chavales? Y sábetelo que en diciendo yo una cosa la firma el rey.

—Dios guarde á V. tío Cayetano y á la compañía, dijo acercándose al grupo un naranjero de Vejer; ¿no puso V. un puesto de carbon?

—Sí, pero lo quité.

—Y por qué?

—Porque el demonio que hiciera carrera con los marchantes; lo querían bueno, barato, fiado, bien despachado y con agrado: pero es el caso que de aquesta manera ellos se fueron riendo, y el puesto se quedó á ti *suspiramos los enterrados*.

—Tío Mambrú, dijo el naranjero dirigiéndose al veterano; ¿pues qué no se había V. muerto!

El veterano mal humorado por la pregunta, contestó con un nó enérgico, quintinciado extracto de la negativa.

—Pues si me lo aseguraron!...

El veterano no se dignó responder.

—Señor, si me dijeron de V., como del otro Mambrú, que lo habian visto enterrar!...

—Dátele! si me hubiese muerto no lo negara, castañas!

—Pues si no se ha muerto, se morirá.

—Y tú, ¿te quedarás por acá? dijo con coraje el veterano. Vaya! solo los vejeranos le ganan á brutos á los de Conil!

(Se concluirá.)

A la Sra. Doña Dolores Noriega de Miranda en la sentida y temprana muerte de su muy querido hijo Don Francisco.

ELEGIA.

Trance es amargo cuando á mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre va,
Quédanos un consuelo harto remoto
Y es... la esperanza de encontrarle ALLA.

PLACIDO.

Un átomo de polvo en el vacío,
Solo una gota de licor precioso
Mezclada y confundida
En las ondas del negro mar bravio!
Esas son las venturas de la vida
Y yo vengo á llorar sobre la losa
De tu sepulcro frío!
Llorarte á tí, cuando al dolor inerte
No sentirás el fiero dolor mío
Que me mata y me acosa
Porque te abriga el velo de la muerte!
Sentir dolor, llorar las alegrías
Lo mismo que lloramos los rigores,
Y con nuevos dolores
Ir señalando siempre nuevos días:
En pos de una esperanza
Que nunca el tiempo á realizar alcanza,
Tras de dicha mentida
Que al corazon ansioso y anhelante
Con sus vagas delicias le convida,
Marchar siempre adelante
Sin tocarla jamás; esa es la vida.
Pero no importa, quiero
Que el corazon ansioso y angustiado
Tristísimo suspiro
De sus amargas penas olvidado
Haga sonar en tu eternal retiro.
Tanta quietud y calma
Esa arena que lágrimas aspira,
Que ayes fueron del alma,
Algun eco muy vago, todo inspira
Al corazon tristura.
Quiero que entone el canto de amargura
La ronca voz de mi cansada lira.
.....
.....
Fué un día en que tu madre cariñosa
Solo cifraba en tí su ardiente anhelo,
Y si un dolor cualquiera
Le mostraba rugosa
Su tersa frente, blanca y despejada

Por celestial consuelo
 Del mal aquella tu impresion primera
 Era al punto olvidada.
 Fué un día en que asomaba en el oriente
 El sol de la ventura,
 Terso y claro el cristal de la corriente
 Del bullicioso arroyo
 Adiamantaba franjas de verdura.
 Regalaban los pájaros al viento
 Con sus sencillos trinos y primores,
 Y con su dulce aliento
 Te bañaban tambien fragantes flores.
 Era el día en que el alma enamorada
 De su misma pureza le veía
 Con forma tan hermosa
 De manera tan bella y acordada
 Como es hermoso el día
 Y alegre, al despertar en el regazo
 De nuestra dulce madre cariñosa
 Que nos protege con su tierno abrazo.

.

Ayl si al tender la vista moribundo
 Al rededor de tí, verla pudiste
 Tu madre sin consuelo
 Llorando siempre triste
 Porque quedaba sola en este mundo
 Pidiendo al hijo de su amor al cielo
 Si la pudiste ver, ¡fiera agonía!
 Qué le restaba ya si era su encanto
 Y la única esperanza de su vida
 El hijo que la suerte
 Le arrebatara, el hijo que amó tanto
 Y que miraba en brazos de la muerte.
 Y verterá por siempre su quebranto
 En lágrimas de amargo sentimiento
 Su corazon herido
 Hasta que falte á su amargura llanto,
 Y su triste gemido
 Hasta que falte á su dolor aliento.

.

¡Yo te saludo con mi canto triste
 O tumba solitaria!
 De amargo luto el corazon se viste
 Y la última plegaria
 Delirante dirija
 Al Hacedor que el universo rige,
 Descansa en paz bajo tu helada losa.
 Tú que cadáver frio
 Para el dolor inerte
 No sentirás el fiero dolor mío,

Que me mata y me acosa
 Porque te abriga el velo de la muerte.

M. CANSINOS.

*Esplicacion del figurin de Modas que acompañó
 al número anterior.*

PRIMER FIGURIN.

Trage de soirée.—Para joven.—Vestido de
 glase rosa con cinco volantes rodeados de peque-
 ñas cintas formando cuadros, y guarnecidos de
 flecos. El quinto volante sale de la cintura: mo-
 nillo liso, escotado, con pliegues (estilo Sevigné)
 y tres lazos de cinta sin cabo de trecho en tre-
 cho por delante. Mangas muy cortas formadas
 por dos pequeños volantes, con un lazo de cinta
 rosa sobre cada hombro. Pulseras de perlas
 blancas y brazaletes de oro esmaltado rosa de Chi-
 na. Peinado á la Maria Estuarda, con guirnalda
 de rosas blancas artificiales. Guantes blancos,
 zapatos ó botitas de raso blanco.

SEGUNDO FIGURIN.

Para mamá.—Vestido de moiré antique, con
 listas verde-claro y rayas á la Pompadour: Las
 listas Pompadour se hacen oposicion sobre los
 dos volantes de la enagua. Monillo liso á medio
 escote con solapa de cintas á lo Pompadour. Lo
 alto del monillo está formado por un camisolin
 de punto de Inglaterra.

Mangas á lo Luis 16 acabando en el codo por
 dos grandes volantes de Inglaterra. Manteleta
 de punto de Inglaterra. Collar de cintas de ter-
 ciopelo de los colores del trage, sujeto con un
 broche de brillantes. Peinado de tirabuzones
 á la Duquesa. Cofia de blonda y terciopelo
 guinda y flores de lo mismo. Brazaletes ricos.
 Guantes blancos.

*Esplicacion del Patron que acompaña al pre-
 sente número.*

Del 1 al 6 envoltura de bautismo bordada al pa-
 sado; para hacer esta envoltura mas rica se

pueden reemplazar las listas de ojete por embutidos de valenciennes.

- 7.—Escudo al pasado con las letras A y L.
- 8.—Escudo al pasado y ojete.
- 9.—Id., id., id.
- 10.—E. R. enlazadas en un medallón bordado al pasado, punto de arma y nudos.
- 11.—Cifras en un medallón bordado al pasado.
- 12.—E. R. feston y arriba una corona.
- 13.—A. B. enlazadas al pasado.
- 14.—Cifra al pasado.
- 15.—Id., id. con una corona, flores encima.
- 16.—Id., id.
- 17 y 18.—Id., de ojete rellenos.
- 19.—Id. al pasado.
- 20.—P. gótica al pasado y ojete.
- 21.—O. y V. al pasado.
- 22.—C. y M. enlazadas, flores al pasado y ojete rellenos.
- 23.—Cifra al pasado y feston.
- 24.—A. V. id., y ojete rellenos.
- 25.—Cifra al pasado.
- 26.—E. N. id.
- 27.—Cifra id.

28.—Id., id.

29.—A. E. gótica cordoncillo.

30.—Letras id., id.

31.—Lazo de flores al pasado.

32.—H. B. al pasado.

33.—L. C. id.

34.—Elena gótica de cordoncillo.

35.—Cuello de cabos, hecho á punto de ojal

36.—Mangas id., id.

37.—Pañuelo bordado al pasado y feston.

38.—Esquina de un velo tul con sobrepuestos.

39.—Guarnición bordada al pasado para volantes ó manteletas

40.—La misma mas ligera.

41.—Embutido bordado al pasado para camisas de hombre.

42.—Ramos para los ojales de la pechera.

Solucion del geroglífico anterior.

La lucha de los partidos solo atrae trastornos á la nacion española.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

